UN LIBRO DE ANTILLI

Será como una chacra plantada de árboles

Lo organizará Pacheco y lo editará "LA ANTORCHA"

Antilli fué un fragmentario. Solicitado por el ideal y la lucha, Antilli se dió en relazos, en clarinadas, en letras vivas y gesticulantes. Labró la actualidad como una piedra fuerte; desparramó a voleo toda clase de semillas: las que dan el pan del año, el perfume y el color de una estación, y las otras que dan árboles duraderos, inmobles y melancólicos.

Antilli fué autodidacta, en la más bella y viril acepción de este vocablo. No vino el anarquismo desde las bibliotecas, sino del fondo doloroso de la vida. Y cuando abrió los libros, fué para hacerse compañero de los sabios, no su esclavo.

No fué un meditativo, sino un dinámico. Amó más a las gentes que a las letras, el combate que la gloria. Y no obstante esto, dueño como era de una comprensión ágil y rápida, nunca desmintió en los hechos el fondo de su doctrina. Fué hombre del día, batallador y práctico, sin caer por eso en las vulgaridades de ningún oportunismo.

Al revés de casi todos los escritores de América, que corren tras la belleza como perros tras mariposas, Antilli se despreocupó de ésta, por convencional y externa, atento a otra más grande, más humana: la que nace de la idea de la justicia, la substancial belleza libertaria. Pudo ser, sin gran esfuerzo, eso que llaman un escritor brillante; pero se empeñó y logró ser algo más noble y más útil: un pensador potente y un obrero del comunismo anárquico.

Y porque esto fué, y no aquello, un anarquista y no un literato, es que vivirá en sus letras por arriba de su muerte y de la nuestra. Hay páginas de Antilli de todas layas, como semillas de todas clases: las que dieron el pan de un año, el perfume y el color de una estación, y las otras que perdurarán, inmobles y melancólicas, coronando el tiempo. Que dieron árboles. Es de estos árboles que vamos a hacer un bosque. Un libro.

Mas, como Antilli no guardaba nada, ni un recorte, ni una línea, ni una sola colección de los tantos periódicos que editó en 20 años, hay ahora que salir a buscarlos sus artículos, compararlos en las bibliotecas y los baúles de los trabajadores. Bianchi se va a encargar de esto. Y una vez que los consiga, se los pasará a Pacheco para que los organice y los devuelva a "La Antorcha", para que los edite.

Y mientras nosotros hacemos esto, los compañeros pueden también hacer algo muy importante: realizar actos a beneficio de esta edición, enviar donativos, o suscribirse, por adelantado, a ejemplares del libro de Antilli. Este lo presentaremos como es debido: en buen papel, bien impreso, bellamente terminado. Su precio será su costo. Ayudemos en esta obra primaveral, camaradas! Será como comprar una chacra y plantarla de árboles!

Teodoro Antilli

En lo arcano del fenómeno vital, existe un aliento de perfección. Es así, o la evolución en la vida de la tierra es una quimera.

En menor o mayor potencia, todos los seres humanos reunimos a la vida con esa luz, con esa virtud, con esa energía; luz, virtud o energía que ha librado millones de batallas en los cataclismos de los espacios y de los tiempos.

En unos, ese aliento se atrofia, y sucumbe. En otros, se aviva en el transcurso de la existencia.

En los valores intrínsicos del universo, los primeros son los vencidos, los que trajo la noche, los que ya no irradian, los que no crean: los segundos, significan la potencia creadora de la vida.

Teodoro Antilli, fué un consciente de esa grandiosa claridad. Vivió alentando en sí ese aliento. Amó a esa luz que nos viene desde las profundidades.

De la vida, pues, supo elegir lo mejor. Se quedó con lo mejor. Murió, conservando lo mejor. ¡Oh, no quiso, no quiso, no, desprenderse de su rayo de luz! En vano fueron las cárceles; en vano fueron la pobreza y la calumnia; en vano fueron también los halagos. El sabía que lo que tenía era el más puro diamante que las energías cósmicas han creado.

¿Comprendéis, reaccionarios, de qué fibra se nutren los caracteres que no podéis destruir con vuestras prisiones y vuestras horcas? No. No lo comprendéis. Sois la parte de la nebulosa que se niega a ser paisaje en la tierra; sois la inercia en todos los eslabones de la evolución, lo mismo en el protoplasma que en el hombre.

Antilli no plasmó sus virtudes intelectuales ni en la novela, ni en el teatro, ni menos en el verso. Se volcó a martillazos, como un herrero, sobre el yunque. Físicamente débil, trabaja como un titán; llena carillas tras carillas, combatiente, objetivo hasta la rudeza. Machuca al rojo sobre los sucesos del día. No se escapa asunto de actualidad que no lo meta a su fragua.

Escribe colocándose paños de agua fría en la cabeza: la fiebre fué siempre una aliada de Antilli. Era su desesperación cuando no le dejaba escribir. Sus amigos, le vimos, así desesperado, muchas veces. Como también le vimos lleno de satisfacción infantil cuando había llenado las carillas de las cosas que se había propuesto tratar.

* * *

Antilli nació en San Pedro, pueblito triste, asentado sobre las barrancas del río Paraná, frente a un soberbio paisaje. En la niñez aún muchas veces fuimos a pesca juntos. Yo fuí su maestro de remo. Quizá, escuchando el rumor de la corriente, intuyó su sueño de libertad humana, esa gran ilusión de la sociedad de los hombres justos.

Nació el año 1882. Le dimos sepultura hace pocos días, el 8 de Agosto del año que corre, en el mismo pueblo donde nació. Con las fechas, quiero decir, que Antilli ha caído en mitad de la vida, cuando el brazo se ha hecho más fuerte para la lucha. Si la sombra, si el mal, si el error de la vida, supieran reir, reirían.

A la tierra sólo llevamos un puñado de huesos. Su carne se la habían llevado quince años de duro bregar y la tuberculosis que rematara el desgaste. Lo que queda, será absorbido por un gigantesco eucaliptus que se alza soberano al pie de su sepultura. Por la fronda de ese árbol coloso, sus últimos jugos serán lanzados al viento.

* * *

Quiero hablar aquí, sobre algo que mucho explotaron los enemigos de Antilli, para herirlo: su ex empleo de policía.

Al dejar la escuela primaria (única a que concurrió), Antilli debía ganarse el pan de cada día. Fué colocado en la oficina de Registro Civil de San Pedro. Después, entró en la policía, como escribiente.

En aquellos tiempos, las ideas más o menos revolucionarias, hoy vulgarizadas, apenas se conocían en la campaña argentina. Y Antilli, al entrar en la policía, niño aún, nada sabía de socialismo y menos de anarquismo. Es allí, recién, cuando comienza a tener oídas de ese mundo nuevo en elaboración. Y comienza a meditar. Piensa. Estudia. Se avergüenza de su empleo y renuncia. *¡Ecce homo!*

Fué un acto de belleza. Fué una victoria de Reclús, Tolstoy, Bakunin, sobre las fuerzas regresivas... Pero, la maldad, la estupidez, pretendieron hacer de una cosa blanca, un oprobio. ¡Y parapetándose en el nombre de anarquistas! Decirse porta antorchas de la justicia, y cometer la más escarnecedora de las injusticias sobre una actitud que debió ser motivo de honra y no de vilipendio.

Este crucificamiento a Antilli, debe servir de ejemplo para los anarquistas: pensar lo que se va escribir, y a hablar sobre los compañeros. A su sepulcro, Teodoro se llevó la tristeza que dejan injusticias de esta clase. Porque sufrió por lo que a él lo herían, y por el mal que hacían a la propia causa. Es como para desesperar. ¡Y la Efigie ríe, ríe!

* * *

Desde su iniciación en el periodismo de ideas, Antilli es anarquista. Habiendo leído a Marx y a Bakunin, se quedó con el último. Vió en Marx al Lutero que rectifica la superstición, dejándola intacta en el fondo. En Bakunin comprendió la abolición de esa superstición. La idea de Bakunin la llamó *línea recta*, la más segura y fecunda para marchar a la libertad.

Inició su lucha en el quincenario "Germinal", fundado en San Pedro en 1897 por él y otros camaradas. Muere "Germinal" y funda "Campana Nueva", con González Pacheco. Desde entonces, Pacheco y Antilli marchan casi siempre unidos en sus destinos, hasta que la muerte arrebata al último, de entre sus brazos, llevando sobre su tumba como creo jamás en su vida habrá llevado.

Con "Campana Nueva", Antilli deja su viejo pueblito, y se radica en Buenos Aires. Allí, en unión de otros compañeros, funda "La Batalla", "El Manifiesto", "La Obra", "El Libertario" y *"La Antorcha"*, donde dejó sus últimos escritos.

Antilli, como todos los jóvenes, tuvo su período de formación y de sugestiones. Hasta Nietzche hace en él estragos. Pero, tuvo la virtud de no abandonar nunca la *línea recta*.

Y diremos que no se desdijo en esa línea; que no fué frase literaria ni globo de jabón; por ella se mantuvo al margen de las satisfacciones del medio ambiente actual; por ella sufre, en la lóbrega sentina del "Guardia Nacional", la opresión del silencio, ese terrible suplicio de permanecer callado días y noches, ahogando las palabras en las entrañas; por ella, marchó, allá, a Ushuaia, a la prisión horrible de Sud América, donde la visión de Dante es realidad.

Y los martirologios nunca arrancaron a Antilli una lágrima. Tampoco gustaba hablar de ellos. Había en él un asceta. Sabía hacerse impenetrable, espiritualmente, a los castigos que le impusieron. Siempre estuvo *más allá* de sus verdugos. Cuando arreciaron las palizas en el "Guardia Nacional", Antilli reía como un niño. Lo ridículo de aquellas inútiles bestialidades le ponían en carne viva la constatación de que los opresores del mundo viven en la infancia de la psicología. Son seres débiles, pequeños, que ante el peligro de ver perder sus posiciones, sólo saben dar coces, como los burros. Creen que con unas palizas salvan su piel y su bolsa: la realidad es que su piel y su bolsa se salvan por el peso de los siglos, peso que gravita sobre el alma de las masas.

* * *

¡Ecce homo! exclamamos ante la salida de Antilli de la policía; y ¡Ecce homo! exclamamos diez años después, cuando esa misma policía le toma en sus garras y lo hunde en un calabozo: Es director de "La Protesta". Un artículo suyo es el *delito*. Está preso. ¿Vacila? ¿Se acquina? Nada. Se burla de sus jueces. Precipita su condena, con su "Memorial", que publica "Ideas y Figuras", de Ghiraldo. La prisión, en vez de hacerle llorar como a Pellico, le arranca ironías. El susodicho "Memorial" es una sátira demoledora. Los jueces lo sienten en sus médulas. ¡Aquello nunca entró en sus papeles! Y zás!... le meten tres años de prisión, no metiéndole diez, veinte años, porque eso sería tirar demasiado de la cuerda.

Condenado Antilli, casi todo el pueblo de su nacimiento, llevado por buena fe, sin ver las proyecciones del caso singular, suscribe un petitorio de indulto. Y allá va la solicitud a los estrados oficiales de la metrópoli. Falta la firma del preso. Y se recurre al preso, al paciente, al Cristo crucificado, al eterno Prometeo amarrado a la roca por querer el bien de los hombres; pero... No hay caso. Antilli, "humano, demasiado humano", se estremece de santa alegría al comprender los buenos sentimientos de sus copobianos; agradece desde el fondo de su alma aquella manifestación popular de simpatía hacia él: mas, no firma.

Firmar un indulto, es pedir perdón de un mal cometido. Pero pedir perdón de lo que no sólo no es un mal cometido, sino un bien (por cuanto Antilli ha escrito contra el mal); es algo irrefutablemente absurdo. ¡Galileo pidiendo perdón a los inquisidores!

Con lo absurdo, cargaron los jueces: Antilli se quedó con la claridad.

Pedro MAINO.

San Pedro, agosto de 1923.

Ramón Silveyra

¿Qué hemos de decir, a las tres semanas de su segunda evasión, que no sea a destiempo? ¿Y para qué subrayar, con nuestras palabras, la ironía de la huída que mueque sobre la cárcel, si tan cruda la hace ya su repetición en tan corto tiempo? Sólo queremos saber que nuestro compañero está otra vez en libertad; sólo deseamos poder decir esta semana y la otra, este mes y el que le sigue, este año y el que vendrá, ahora y siempre, que Silveyra sigue en libertad. Y esto no necesita sea cantado en letras; le basta con alegrar los corazones.

UNA VISITA A LA TUMBA DE KURT WILCKENS

Calle 3, Tablón Sepultura

Durante varias horas, en compañía de un camarada joven, perseguimos la búsqueda de la tumba más pobre, desolada e inhospitalaria, seguros de encontrar en ella a la tumba de Kurt Wilckens. Por una asociación de lejanos hechos, recordábamos a la sazón la página que escribiera Eugenio Noel con motivo de una visita a la tumba de Francisco Ferrer. En su oportunidad también Noel persiguió en su busca, en compañía de un grupo de jóvenes republicanos, los lugares más desolados y misérrimos del cementerio civil. Esto contrariará muchos sentires humildes, mas es significadamente humano, y hasta necesario. Los hombres de la exaltación olvidarán prontamente la dura tierra que cubre a los hombres de acción. La vida imperiosa así lo exige. Por eso frente a una tumba fría, sin flores y sin memoria, estad seguros de hallaros ante la sepultura que fuera cavada para un hombre que sembró mucho, que dió y avanzó mucho a través de su sombra, la juventud, la libertad, la vida...

Careciamos, para su encuentro, de la certeza de una indicación exacta. Desdoblamos la única indicación: la página ya deteriorada y vieja del diario vibrante que en la exaltación de la refriega nos dejó, como un recuerdo para los trabajadores, la guía de su tumba. *Calle tercera*... La calle tercera es el lugar de los pobres, los desiluciados, la carne del hospital y la cárcel. Forzosamente había de serlo así: tan desolado y triste. Después de atravesar y correr un sin fin de caminos deteniéndonos ante innúmeras tumbas, las más sórdidas, dimos con una indicación. En lo más bajo del cementerio, cercana al paredón, a unos cien metros de la vía del ferrocarril que continuamente lleva la estridencia de sus pitadas a la paz de las tumbas, está situada la calle tercera. Aquí no hay la multiplicidad jovial e infantil de las lápidas blancas, cenjambre albo de tumbas que se esparce y descansa al pie de la pequeña y ondulada loma. Esto es un yermo, un páramo. La vieja tierra, la tierra parda, amarilla, lo cubre todo. En lo alto, en las tumbas pagas, existe el cuidado religioso de los árboles funerarios. En la calle tercera no hay árboles. Pequeñas cruces rústicas que el viento abate. Jardincillos descuidados que festonean piadosamente el trozo de tumba. Es la tierra gratis, la que llena las cuencas de los suicidas anónimos, la que donará paz al vagabundo, la piadosa fosa común, los terrones que han de cubrir a los exilados del hospital o la cárcel. *Calle tercera, tablón cuatro*... Ya nos hallamos en el bajo. Ahora no desesperamos encontrar su tumba. Esta tierra inclemente ha de ser. El tablón cuarto se halla a unos veinte pasos de un camino que va a morir en lo más hondo, junto al viejo muro del cementerio. Daos a buscar en esta tierra igual, la fosa del camarada. Es el tablón cuarto una pequeña elevación rectangular de tierra de unos treinta metros de largo. A sus lados, en dos líneas paralelas, dando al borde de reducidos caminos, las tumbas. Cruces volteadas, flores marchitas, unos latones pintados en negro y garabateados en blanco que indican un nombre y una fecha. En el tablón cuatro se sepultan de a tres y cuatro fosas. Cávase una fosa por día: al la noche será llenada. *Calle tercera, tablón cuarto, sepultura cincuenta y ocho.* De un extremo del tablón vemos asomarse de la tierra igual un pequeño dincillo. A su cabecera un latón que sirve de soporte. Avanzamos en el reducido camino lateral, dificultosamente, asediados por un barro oscuro, formado por las últimas lluvias. Este jardincillo sin flores, con unas míseras matas sin savia, el tosco borde de ladrillos, a ras de tierra parda, es la sepultura cincuenta y ocho. Aquí vacía sus cuencas y entrega sus carnes Kurt Wilckens. Lo que fué labrero, lo que reforma a las savias de la vida. Cuando la protesta se arreciaba en las calles, furtivamente los policías dieron sepultura a su cuerpo. Durante diez días montó guardia un compañón armado al pie de su tumba. Pero al correr de los días, cuando avenían el sosiego y la paz, manos anónimas se curaron donarle la gracia de unas flores al tosco jardín agostado que cubre su fosa. Leemos en el latón que indica la tumba: *"Curt Wilckens. Falleció el 23 de junio de 1923 a consecuencia de su ideal. En la muerte de sus compañeros queda grabada su acción.* Quedamos un tiempo incontable, una o dos horas silenciosamente; ante la sepultura cincuenta y ocho. Un sin fin de ideas y de recuerdos se asocian a nuestros pensamientos. Estas manos anónimas, obreras, que se presentan para nosotros una fuerza que no perecerá jamás, que brotan permanentemente hacia la vida. Fueron que procuraron flores en su tumba. La recordación de que en la mente de los compañeros quede grabada su vida. ¡Qué sencillo y hermoso es todo! Es como aquel campesino ruso que ante la muerte de Kropótkin cruzó a pie la clemencia de la estepa para, a falta de un recuerdo en su tumba, ayudar a cubrir la tierra helada y endurecida de su tumba. El sabía que había muerto un santo y que la tumba de un santo debía ser cavada por los brazos toscos de un campesino. Nuestra presencia, la de los dos hombres jóvenes ante una tumba tan triste, despierta curiosidad en dos o tres vecinos. Uno de ellos, acercándose, lee el nombre de Kurt Wilckens. Silenciosamente, parte un pequeño ramo de flores que lleva consigo, y pósalas en la tumba.

La mañana es fría, cortado el cielo por cenicientos nubarrones. Un viento helado nos azota continuamente. Los trenes pasan velozmente en la vía inmediata. El barro se adhiere a nuestros botines, trepa en los pantalones. Regresamos a la ciudad. En las palabras cambiadas algo lenta y tristemente, la visión desolada de la calle tercera, la calle tercera, cuya tierra parda, amarilla, se nutre de las savias fuertes de un camarada que sintetizó su vida en la breve deza de dos fechas: 25 de Enero de 1923 - 16 de Junio de 1923. Volvemos a la ciudad algo intranquilos, con la fuerte esperanza, como en aquella mañana de sol en que Kurt hizo vibrar los aires, cara a la fiera, la voz tronante y vindicadora de la dinamita.

h. an. JOVEN

UNA MADRE

Vino de allá, de lejos, del Sur trágico y doloroso. Y vino a buscar un hijo que los milicianos de Varela enloquecieron a tormentos, alojado aquí vaya a saber en qué asilo o en qué cárcel.

Es ya una viejecita. Su cabeza está orlada de blancas hebras, tan blancas como sus pensamientos de paz y sus sueños de amor. Le bailotean entre los párpados carnosos y arrugados dos ojos inquietos que parecen encenderse, como una heroica marsellesa, cuando habla de la trágica jornada. Y su paso, cansado y tristón, más que el grabado o el retrato es como el alma del dolor que pasa.

Los compañeros de allá que escaparon a la horrible carnicería militar, la llaman cariñosamente la "madre" de los presos. Ella iba a las cárceles sola; ella sacó fuerzas y corazón para alimentarlos y vestirlos a todos, tal que una paloma para sus pichones; ella, destrozado el corazón por la suerte de los suyos, tuvo en los momentos de prueba palabras de consuelo para todos, cuando quizá ella más que nadie necesitaba ayuda y del consuelo.

Esa madre es un símbolo. Es la madre proletaria, la verdadera mater dolorosa y santa de esta heroica cruzada de la justicia y la paz entre los hombres. Es la asociación extraña del sufrimiento y del amor, de la esperanza y del sacrificio.

Verla es contemplar la tragedia silenciosa y obscura de millares y millares de madres a quienes todos los días la sociedad arrebata sus hijos; esas santas buenas viejas que al martirio de sus miserables, han agregado el de saber contener las lágrimas y limpiar las pálidas sudorosas frentes de los hijos que sacrifican, contemplando en silencio sus trágicas agonías.

Anda por esas calles buscando a su hijo. ¡Vaya a saber en qué cárcel, qué lo o qué cementerio se lo han tirado pedazo de sus entrañas!

Sabemos que ella ha ido a visitar otros locales, ansiosa de conocer nuevas cosas y nuestra vida. A ver si su presencia nos baña de tanta impureza como hay en el ambiente.

La mano, compañera.